

El roce del tiempo

Bellow, Nabokov, Hitchens, Travolta, Trump y otros ensayos (1986-2016)

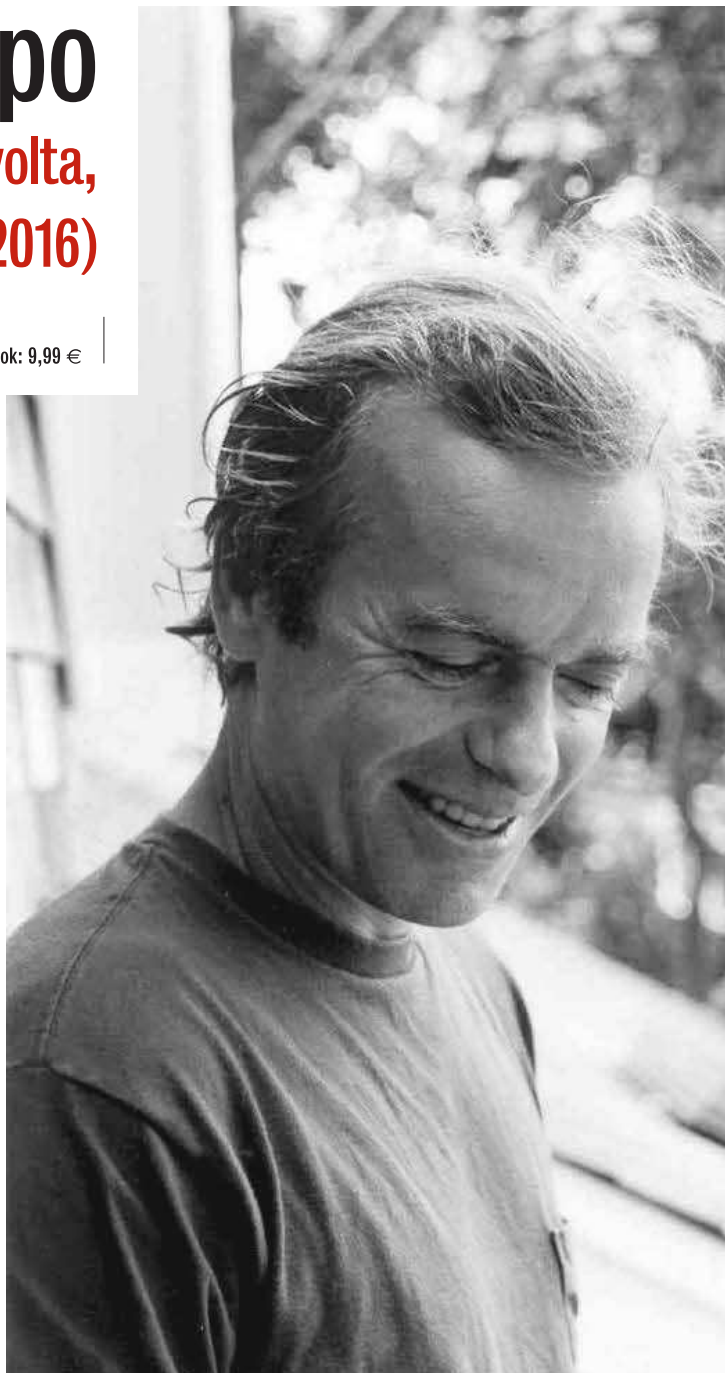
MARTIN AMIS

Traducción de Jesús Zulaika. Anagrama. Barcelona, 2019. 416 páginas. 24,50 €. Ebook: 9,99 €

Martin Amis (Oxford, 1949) es un snob y un antipático. Lo sabe y le gusta. Su pasión es irritar, perturbar, desconcertar. A veces sus sarcasmos están plenamente justificados. En *El roce del tiempo*, una colección de ensayos aparecidos entre 1986 y 2016, se despacha a gusto con Donald Trump. “Narcisista patológico”, “emocionalmente primitivo e intelectualmente bárbaro”, Amis pronostica que su desorden interior se agudizará cuanto más se aproxime al poder, el “afrodisíaco supremo”, según Henry Kissinger. Publicado en 2016, cuando Trump aún no se había convertido en presidente de los Estados Unidos, el reportaje de Martin Amis escarba en las miserias del Partido Republicano. La ideología republicana no nace del corazón, el intelecto o—menos aún—del alma, sino de las entrañas. Trump admite sin rubor que se enorgullece de ser xenófobo, “como cualquier otro republicano honrado”. En sus mítines “tipo Núremberg”, presume de no saber nada de política. No se molesta en leer libros. Prefiere la televisión y las redes sociales. Su cerebro, advierte Amis, se convertirá en “un lodazal de testosterona” después de un par de días en la Casa Blanca.

¿Se excede Martin Amis?
¿Es un provocador o un analis-

ta clarividente? Quizás las cosas. Sus textos surgen del “pecado natural del lenguaje” (T. S. Eliot): una mezcla explosiva de insumisión y promiscuidad. Amis no está obsesionado con la perfección o la elegancia. Cuando uno de los lectores de *The Independent* le reprocha haber acuñado el término “horrorismo” para describir el terrorismo yihadista, le contesta: “Váyase a la mierda”. Después, añade: “Los atentados suicidas son un fenómeno nuevo y no se me ocurre mayor deshonra para la imagen de lo humano”. Amis es camorrista y fanfarrón, pero no mezquino e insensible. Su durísimo reportaje sobre la industria de la pornografía no desemboca en el cinismo o la reprobación moral. Testigo de un rodaje protagonizado por Chloe, una estrella con un largo historial de adicción a las drogas, se marcha para no presenciar las escenas más degradantes. Ya sabe lo esencial sobre un negocio con unas cifras millonarias que superan la suma de las cantidades generadas por rock, el cine y la cultura: “el porno es un oficio proletario”. Los actores que trabajan en las películas *hardcore* “pagan el alquiler con las muertes de los sentimientos”. Conmovido, Amis finaliza su reportaje, enviando un mensaje de esperanza a Chloe,



ISABEL FONSEGA

**MARTIN AMIS ES UN SNOB
Y UN ANTIPÁTICO. LO SABE Y
LE GUSTA. SU PASIÓN
ES IRRITAR, PERTURBAR,
DESCONCERTAR**

que se considera a sí misma una vulgar prostituta con el privilegio de escoger a sus clientes y realizar un test preventivo de sida: “No, Chloe, no eres una prostituta. [...] Eres como un gladiador. [...] Los gladiadores eran esclavos, pero algunos de ellos consiguieron su libertad. Y tú, creo, conseguirás un día la tuya”. Ser un antipático y un snob no implica ser un malnacido.

Su retrato de Diana de Gales corrobora esa impresión. La “princesa del pueblo” no hizo nada excepcional. No ejerció un liderazgo moral, ni promovió grandes cambios sociales. Su participación en campañas humanitarias no superó los niveles de compromiso de otras celebridades. Sin embargo, su muerte conmovió a todo Occidente, provocando una aflicción generalizada. ¿Por qué? “Diana era un espejo, no un faro. La mirabas y veías tu propia humanidad común y corriente, pero iluminada”. Diana, “una *prima donna* en la era del karaoke”, nos hizo sentir que todos podíamos ser estrellas en el firmamento de la fama. La fama es un dios que halaga y embriaga, pero que también mata. Diana murió por culpa de ese ídolo de nuestro tiempo, tan insaciable y letal como Cronos o Moloch. Se responsabilizó a los *paparazi* de su muerte, pero “fuimos nosotros quienes los enviamos a ese túnel a fin de alimentar nuestras necesidades ocultas”. Isabel II de Reino Unido no es un espejo. Quintaesencia de lo mayestático y solemne, su imperturbabilidad no es un ejemplo de inhumanidad, sino de una humanidad sojuzgada por el implacable protocolo de la Casa de Windsor. Portada del *Time* a los tres años, se publicó su primera biografía al cumplir los cuatro.

Siempre ha mantenido la compostura en público, salvo cuando fue bautizada. Detrás de esa calma y frialdad, hay un corazón que late, vibra y se aflige. Sus súbditos lo saben y por eso le tributan una incomprensible lealtad en una época donde el concepto de ciudadanía ha aniquilado a la vetusta noción de servidumbre. Ser monárquico “nos permite tomarnos unas vacaciones de la racionalidad”.

El fútbol también nos libra del yugo de la razón. Martin Amis es un hinchado del Manchester United. En 1999 viajó a Barcelona para presenciar la final de la Liga de Campeones. El adversario era el Bayer de Múnich. Amis cruzó el Canal de la Mancha con sus dos hijos, de catorce y doce años. Se inventó un pretexto para justificar su ausencia del colegio. Quería que sus cachorros disfrutaran de los gentíos con bufandas y gorros que chillan en los estadios. No es posible ser un buen inglés sin experimentar la alienación, el tribalismo y la nostalgia del imperio perdido. El fútbol se aprecia mejor en la televisión, pero te pierdes lo esencial: el fervor místico de la afición, esa turba de “gamberros y sociópatas proclives a la algarada”. El motor del fútbol no es el espectáculo, sino el gentío, que te exige renunciar a tu identidad, dejar de

EL ROCE DEL TIEMPO NO TIENE DESPERDICIO, ES UN FESTIVAL DE LA INTELIGENCIA Y LA MALICIA, UN CANALLES- CO EJERCICIO DE LUCIDEZ

ser un individuo para transformarte en una masa ululante. Amis admite que sintió “un placer escabroso” al contemplar a los teutones con la cara hundida en el barro. El fútbol es el “Saturno de la multitud”. Participar en “la sensualidad atávica del hinchado del fútbol”, una síntesis exacerbada de las pasiones de la religión y la guerra, ayuda a culminar el proceso de maduración, siempre y cuando se entienda que al cabo de noventa minutos debes volver a “los confines de la individualidad”.

En la era del fútbol, los mitos ya no se forjan en el campo de batalla, sino en el césped. Entre los héroes de esta nueva mitología, ninguno resplandece con tanta fuerza como Diego Armando Maradona, que —incluso— ha inspirado una iglesia posmoderna donde se conmina a “amar al fútbol por encima de todas las cosas”. La “Mano de Dios” del “Pibe de Oro” es un milagro más asombroso que la separación de las aguas del Mar Rojo. “Para el ar-

gentino macho el juego sucio es incomparablemente más satisfactorio que el limpio”. El juego sucio no es un ardid, sino un prodigio que altera el curso de la historia. Dieguito escribió la historia con su treta y eso es lo que cuenta. Los actores de cine son héroes tan deslumbrantes como los jugadores de fútbol. Amis entrevistó a John Travolta poco después de su resurrección gracias al divino poder de Tarantino, que le hizo salir de su sepulcro para interpretar a Vincent Vega en *Pulp Fiction*. Amis afirma que encontrarse con sus ojos azules y muy juntos fue como toparse de repente con Warhol, Elvis, Mao, James Dean o Jimi Hendrix. Observar sus gestos de yonqui en el filme de Tarantino era como contemplar a un Picasso en movimiento. O, si se prefiere, a un Picasso anciano dibujando palotes, pues Travolta había sido el rey de las discotecas en *Fiebre del sábado noche*.

Martin Amis dedica páginas chisporroteantes a Vladimir Nabokov, “poeta supremo de los sueños y la locura”; Saul Bellow, “paladín del ensueño egomaniaco”; Irish Murdoch, novelista superlativa de las catacumbas del inconsciente; Don DeLillo, astro “laureado del terror posmoderno”; Jane Austen, embaucadora irresistible, y Philip Roth, adalid de la introspección más despiadada. *El roce del tiempo* no tiene desperdicio. Es un festival de la inteligencia y la malicia, un canallesco ejercicio de lucidez, una bomba incendiaria contra la estupidez y la mediocridad. Sólo podía brotar de un tipo snob, antipático e iconoclasta, que detrás de su furor esconde grandes dosis de compasión y ternura. **RAFAEL NARBONA**

¿Quieres uno de los mejores libros de la temporada?

Suscríbete a EL CULTURAL en PDF y te lo enviamos

Solo 25 € al año